

ELENA GÁLLEGO ABAD

DRAGAL

II

LA METAMORFOSIS DEL DRAGÓN



ANAYA

Título original: *Dragal II. A metamorfose do dragón*

1.^a edición: septiembre de 2015

© Elena Gallego Abad, 2011, 2015
© De la ilustración de cubierta: Miguel Abad, 2015
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7168-5
Depósito legal: M-21100-2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CAPÍTULO I

«*Búscame a la puesta de sol*»

La sombra del dragón alado se alejó de la fachada de la vieja iglesia de San Pedro y, como si esto fuese posible, desapareció. Se desvaneció en apenas un instante, lo que duró el estallido que produjo la fractura en la piedra, pero nadie se dio cuenta de la señal.

El sonido del timbre sobresaltó el silencio de los pasillos del instituto que pareció cobrar vida en cuestión de segundos. Un grupo de sudorosas adolescentes surgió entonces de ninguna parte, atravesando rápidamente los pocos metros que separaban el gimnasio del vestuario de las chicas, en la misma planta.

El truco para conseguir agua caliente estaba en encontrarse entre las primeras afortunadas en alcanzar los grifos. El segundo turno solo dispondría de ella durante dos o tres minutos, pero siempre quedaba atrás alguna muchacha que, desplazada a un tercer turno, no tendría mejor opción que ducharse en agua fría.

Mónica no estaba dispuesta a pelearse con nadie por semejante privilegio y entonces, en cuanto intuyó el movimiento de sus compañeras de aula, se hizo a un lado. La chica prefería ser la última en llegar e incluso quedarse sola.

Nunca confesaría los motivos por los que odiaba el vestuario del instituto de una forma tan visceral. Quizás porque siempre había sido el patito feo, hasta hacía bien poco entrada en carnes y complejos, del que todas hacían bromas, incluso en su cara. Hacía varios años del último ultraje, pero nunca había olvidado las risas que generó la ropa interior que le había comprado su madre en el mercadillo entre aquellas otras chicas que lo tenían todo... menos caridad.

En su casa nunca supieron que aquel día Mónica había regresado con la muda rota, y bien que se libró ella de hacer o decir nada que lo recordase. Al contrario, desde entonces siempre esperaba al último turno para ducharse.

Las agujas del reloj señalaban ya las dos de la tarde, pero no tenía prisa. Ayudó al profesor de gimnasia a recoger el material de la clase y después, ahora sí, se acercó al vestuario para tomar esa ducha fría que necesitaba.

Al abrir la puerta hubo de enfrentarse a una niebla caliente con olor a champú y desodorante. El suelo estaba como siempre, inundado, y tuvo buen cuidado de saltar por encima de mochilas, toallas sucias, zapatillas de deporte, chancletas y charcos para llegar a su destino, en el último compartimento del gigantesco armario empotrado en la pared.

Invisible al fondo del vestuario, esperó a que el resto de chicas fuesen abandonando el recinto. Fue entonces cuando se quitó el chándal empapado en sudor y penetró en la última de las duchas.

Las aguas gélidas manaron de repente desde las alturas, resbalando sobre su cuerpo desnudo y cortándole la respiración y el hilo de los pensamientos. Superado el shock de los primeros segundos, la chica se relajó dejando fluir el líquido elemento sobre la nuca. Y solo entonces

fue capaz de pensar en su amigo Adrián y en el dragón que este llevaba dentro.

Si algo había aprendido Mónica en los últimos días, en las últimas horas, fue que la realidad siempre puede superar a la ficción, por muy fantástica que sea esta. El descubrimiento de las catacumbas de la iglesia de San Pedro, la constatación de la existencia de una orden de caballeros que custodiaba los secretos de un dragón, la huida de una muerte segura a través de las aguas de la Poza da Moura, la imposible transformación de su amigo en un ser fantástico que no debía existir...

Todavía podía escuchar aquellas últimas palabras de Adrián:

«Búscame a la puesta de sol y, si no me encuentras, déjame lo que puedas llevarme de comer encima del peñasco. Te estaré esperando».

Mónica tenía aquellas facciones perfectamente grabadas en la memoria y ahora, con los ojos cerrados bajo las frías aguas de la ducha, era capaz de visualizar todas y cada una de las escamas que vio surgir en la piel de su amigo, confiriéndole aquel aspecto de reptil. Y tuvo miedo.

Había prometido a Adrián que acudiría a la Poza da Moura para ayudarlo a combatir el monstruo en el que pujaba por mutar. Apenas disponía de unas horas para buscar un antídoto, para encontrar un remedio a aquel mal que lo consumía, pero tenía miedo, un pánico visceral que le comprimía la boca del estómago.

«Tendrás que improvisar algo», razonó después de un tiempo, saliendo de la ducha.

Pendiente del reloj, buscó el secador de mano en su bolsa de deporte y lo enchufó a la corriente. Entonces, al enfrentarse al espejo, se dio cuenta de que el vapor había dejado unos caprichosos dibujos sobre el vidrio, que pare-

cían vivos. El vaho había formado un extraño círculo y, en su interior, un ser en posición fetal se removía en busca de espacio, como si estuviese tratando de completar una metamorfosis.

Por un momento la muchacha recordó el extraño medallón de su amigo, en el que los dragones alados que ocupaban las dos caras de la pieza metálica tenían la facultad de modificar su aspecto. Pero no, la imagen que se estaba formando en la superficie del espejo tenía características humanas.

—¡Adrián! —gritó en el mismo instante en que reconoció su rostro. La imagen del vidrio se detuvo entonces y le devolvió una mirada vacía.

El vaho tenía un cierto parecido con su compañero, pero la muchacha no quiso reconocer tal posibilidad en aquella mancha que boqueaba como los peces al ser sacados del agua. Si le prestase atención, posiblemente hubiese escuchado la advertencia que el chico trataba de transmitirle desde la distancia en que se encontraba. Pero, por el contrario, Mónica apuntó el secador contra el espejo y disparó un haz de aire caliente que, en cosa de segundos, evaporó toda aquella humedad.

¡Ten cuidado!

El mensaje apareció dibujado sobre el vidrio como si alguien lo hubiera escrito a toda prisa con los dedos, pero desapareció de inmediato. Aun así, la adolescente frotó el espejo con la toalla de forma escrupulosa, como si de esta forma pudiese borrar también de su mente hasta el último rastro de la experiencia.

Pero esto no era posible y ya fuera del recinto del instituto, mientras viajaba en el transporte escolar de vuelta

a casa, fue ella misma quien reprodujo el mensaje sobre la ventana del autobús.

¡Ten cuidado!

Teniendo en cuenta el inmenso fregado en el que se había metido, la advertencia parecía un tanto superflua, pensó la muchacha. Tenía que cuidarse del mundo entero, de ella misma y del dragón, y no sabía por dónde comenzar.

Ya en su casa, después de poner la mesa para almorzar, comer algo sin demasiado apetito y ayudar a su madre a recoger, Mónica se encerró en su cuarto «para estudiar un poco».

Ahora su prioridad era cumplir la promesa que había hecho a Adrián. Tenía que conseguir alimento para Dragal y apenas dispondría de media hora para buscar en Internet alguna información que le pudiera servir de ayuda.

Porque, se preguntaba ella... ¿Qué demonios come un dragón?

Las únicas referencias a los gustos alimentarios de Dragal que recordaba la chica eran aquellas líneas que recogía el libro de frei Paulo de Misteri, en las que hablaba de sacrificios humanos. Al parecer, en la Edad Media el dragón había hecho un buen desastre por aquellas tierras, merendando muchachas, niños y rebaños enteros. Pero, evidentemente, en pleno siglo XXI aquella era una posibilidad que tenía que descartar por completo.

Respondiendo a sus plegarias, en la red encontró enseguida una «dieta completa y balanceada para dragones y otros reptiles omnívoros» que comercializaba cierta tienda de animales, en paquetitos de 150 y 300 gramos.

¿Aquello iba en serio?

Mónica leyó atentamente la información que apareció en la pantalla del ordenador.

«Esta dieta garantiza unos niveles nutricionales básicos para la salud y desarrollo de su mascota. Todos los ingredientes de Dragosanix son meticulosamente seleccionados para garantizar la mayor calidad. Dragosanix está reforzado con vitaminas, minerales y aminoácidos esenciales, de forma que su dragón no necesite de otros suplementos alimenticios».

Clickeando en la misma web, la pantalla le mostró distintas imágenes de especies de reptiles diversas. Entre otros el dragón barbudo y el dragón de agua chino, que parecían distintos tipos de iguana.

—¡Solo son mascotas! —exclamó decepcionada, como si realmente esperase encontrar en aquella web información sobre dragones de la talla de Dragal.

La voz de su madre, entrando en su habitación, la sorprendió.

—Cariño, ya van siendo horas de que... —comenzó a hablar la mujer. Pero, al reparar en las imágenes que su hija tenía en la pantalla del ordenador, interrumpió la frase con un grito—. ¡Qué feos son esos bichos! ¡No estás pensando en traerte uno para casa!

—No, yo...

¿Qué podía decirle a su madre en semejantes circunstancias? ¿Que tenía un dragón de verdad escondido en la Poza da Moura, esperando por ella para cenar?

Entonces mintió.

—Estoy buscando información para un trabajo, mamá. ¡Ya sabes que a mí esto de tener una mascota no me va!

La madre respiró aliviada.

—Deja esos bichos donde están y recoge todo para marcharte. ¡Si pierdes el autobús no vas a llegar a tiempo a clase!

Mónica no tenía previsto acudir al instituto aquella tarde, al menos hasta que no hubiese resuelto ciertas cuestiones de intendencia, así que bajó del autobús en una parada del centro de la villa y se acercó caminando hasta una tienda de animales de la que tenía referencias.

Su idea era comprar comida para reptiles pero, como todavía no habían dado las cuatro, el comercio estaba cerrado. Un cartelito colgado en la puerta informaba de que el horario de apertura, por las tardes, era de cuatro y media a ocho.

—¡Mierda, no me va a dar tiempo!

—¿Tiempo, de qué?

Mónica se sorprendió de escuchar aquella voz, que creyó reconocer como la de uno de los policías que estaban investigando el robo de San Pedro, y se volvió deseando estar equivocada. Pero, cumpliéndose el peor de los presagios, quien esperaba su respuesta era el agente Cortiñas.

—¡Ah, hola! —saludó, sin saber muy bien dónde meterse.

—Hola, muchacha. ¿No deberías estar en clase?

Sin pronunciar palabra, Mónica posó la vista en el escaparate. La mirada interrogante del policía de la Científica la estaba poniendo muy nerviosa. Al otro lado del cristal del comercio un perrito encerrado en una jaula se percató de su presencia y comenzó a brincar, moviendo la cola. La muchacha acercó una mano al escaparate y el animalito comenzó a lamer el vidrio, en busca de un contacto imposible.

—¿Has venido a comprar el perro? —preguntó el investigador al azar.

Incapaz de improvisar una mentira, Mónica se mantuvo callada. Pero el policía no parecía dispuesto a darle tregua.

—¿Dónde está tu amigo Adrián?

Aquella era la pregunta que la chica más temía, pero se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—¿Adrián? No lo sé, ¡supongo que en el instituto!
—respondió de inmediato, quizás demasiado rápido.

El policía la observó atentamente, como si pudiese leer el nerviosismo de la adolescente en sus gestos y advirtiese que la muchacha estaba tratando de colarle un embuste.

La salvaron unos ladridos amortiguados por el vidrio del escaparate. Desde el otro lado, el perrito trataba de llamar su atención de una forma casi desesperada.

Pero Cortiñas todavía tenía más preguntas.

—Adrián y tú sois buenos amigos, ¿no es cierto?

Mónica sopesó la respuesta antes de decidirse a hablar.

—Más o menos. ¿Por qué lo pregunta?

Ahora fue el hombre quien permaneció en silencio. Intuyendo una posibilidad de librarse del interrogatorio, la chica volvió a fijar la mirada en el perrito encerrado en la tienda de animales. Quizás ahora el agente, en lugar de responderle, se marcharía.

—Yo conocí al padre de Adrián —murmuró entonces el policía.

—¿Ah, sí? —Repentinamente interesada, Mónica apartó la vista del escaparate.

Cortiñas se tomó su tiempo antes de responderle.

—Fue una lástima... lo del accidente. Ninguno de nosotros podía imaginar que... Lo siento por tu amigo, de verdad.

Al otro lado del vidrio el perrito, al darse cuenta de que ya no era el centro de atención de aquellos humanos, comenzó a roer un hueso de plástico. El investigador miró a Mónica a los ojos, como si buscara una confirmación de que podía confiar en ella.

—En cuanto veas a Adrián, dile que venga a hablar conmigo —pidió, al tiempo que le tendía una tarjeta de visita.

La muchacha observó el pedazo de cartulina, en el que figuraban un nombre y un número de teléfono móvil.

—Dile que me llame —insistió el agente que, de inmediato, se echó a andar por la acera en dirección a un coche aparcado unos metros más adelante.

La chica esperó a que el vehículo arrancara y se incorporara al tráfico antes de atreverse a mover un dedo. En cuanto giró en la esquina y lo perdió de vista, guardó la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y se echó a correr.



Mónica se prepara para acudir a su cita con Adrián en la Poza da Moura. La chica no sabe todavía que la noticia de la desaparición de su amigo ha corrido como la pólvora y que un comisario sigue sus pasos de cerca.

Mientras la espera, Dragal descubre que por primera vez en su existencia milenaria sus poderes son limitados. Para recuperar su lugar en la escala biológica, el dragón tiene que absorber la materia gris del cerebro de Adrián y completar la simbiosis definitiva de las dos almas. ¿Quién ganará la batalla por dominar al otro?

Pero Mónica y don Jorge no se quedan atrás, y ha llegado la hora de desempolvar una antigua caja con reliquias de la Orden de Dragal, una caja que contiene un inquietante huevo alquímico que podría dar respuestas a los enigmas... y cambiarlo todo.

1578221

ISBN 978-84-678-7168-5



9 788467 871685